

**ONE  
CITY  
ONE  
STORY**

La hija de la puta

Richard Russo

Traducción de: Luis Murillo Fort

2011

## **Introduction**

The Boston Book Festival presents the second annual One City One Story, a project to spread the joy of reading for pleasure among the teens and adults of our city and to create community around a shared reading experience.

Our goal is to make a short story available to all free of charge. By distributing 30,000 copies of Richard Russo's story "The Whore's Child" and providing audio files, downloads, and translations on our website, we aim to ignite discussions that reveal the many perspectives and viewpoints of Boston residents.

We hope you will read, enjoy, and discuss "The Whore's Child" at local meet-ups, library events, and on our website. And if you are inspired by this story to write your own, check out the One City One Story writing contest on our website.

Visit [www.bostonbookfest.org/1C1S](http://www.bostonbookfest.org/1C1S) to learn more.

Join us at the Boston Book Festival on October 15th to meet Richard Russo and take part in a Town Hall-style discussion of the story.

**ONE CITY ONE STORY: READ. THINK SHARE.**

## *La hija de la puta*

La hermana Ursula pertenecía a una orden casi extinta de monjas belgas que administraban sus ya escasos asuntos espirituales en una mansión decrepita adquirida por la diócesis aparentemente porque no parecía que fuese a durar más que ellas. Dado que estaba situada en Forest Avenue, a una manzana de nuestra casa, yo había visto muchas veces a la hermana Ursula antes de que se presentara en clase, pero no habíamos hablado nunca. Conducía un oxidado coche familiar que siempre iba repleto de monjas de edad avanzada que necesitaban ayuda tanto para montar como para apearse. Aunque la iglesia de St. Francis estaba a escasas manzanas de distancia, era demasiado trecho para que ninguna de ellas lo hiciera a pie, salvo la hermana Ursula, la de andares raros pero inexorables.

—Deberías pasarte un día y presentarte —me había sugerido Gail, mi esposa, más de una vez—. Esas pobres mujeres están dejadas de la mano de Dios.

Su sospecha fue confirmada posteriormente por la propia hermana Ursula:

—Están esperando a que nos muramos —confesó—, hartos de que nos aferremos a nuestra mísera existencia.

—No lo dirá usted en serio. —Aquella observación iba a convertirse en el mantra de mi relación con ella, y la hermana Ursula, al parecer, se alegró de oírla.

Se presentó en el seminario aquella primera noche y se instaló justo en medio de la clase pese a que su nombre no constaba en la lista de mi ordenador. Los talleres de escritura son populares en la mayoría de las universidades, siempre hay más candidatos que plazas, y todavía más cuando el escritor que da el seminario acaba de publicar un libro, como yo había hecho la primavera anterior. Publicar la clase de libros que uno encuentra en las galerías comerciales otorga cierta celebridad a los autores serios, y los disocia de sus colegas aún más serios, cuyos libros se asemejan a esos dudosos artículos especializados que se ven únicamente en tiendas de moda o centros de dietética. Mi último libro, el primero en más de diez años, había obtenido bastantes reseñas en la prensa, y mi efímera fama podía explicar la presencia de la hermana Ursula en mi clase aquella noche helada del semestre de otoño, pese a que no dio señal alguna de ello, como tampoco de que reconociera en mí a un vecino suyo.

Sí, la hermana Ursula parecía tan ajena a mi persona como a cualquier departamento o protocolo universitario. Cuando les informé de que los alumnos que deseaban tomar parte en el curso avanzado de escritura novelística debían haber presentado una propuesta manuscrita y haber asistido a los cursos de iniciación y nivel medio, la hermana Ursula no discutió la existencia ni lo acertado de dichos requisitos pero tampoco recogió sus cosas para marcharse, lo cual me dejó en una situación un tanto extraña. Tengo por norma no permitir que permanezca en clase ningún alumno que no se haya inscrito, porque eso sólo contribuye a fomentar su errónea creencia de que uno puede colarse de rondón en un seminario valiéndose de astucias o de halagos. Anteriormente había echado incluso a jugadores de fútbol sin ningún reparo y sin encomendarme a nada ni a nadie, pero ahora se me planteaba un reto de índole muy distinta. La hermana Ursula era, de por sí, tan voluminosa como un jugador de fútbol; pero más persuasivo que su complexión era su lenguaje corporal: daba la impresión de que, una vez aposentada, no solía moverse de su sitio. Y puesto que la vi indefectiblemente instalada, le permití que se quedara ahí.

Sin embargo, al término de la clase le expliqué que sería muy poco profesional por mi parte dejar que siguiera en el taller de escritura novelística. Después de todo, ella admitía abiertamente que jamás había intentado escribir un relato, lo cual, le expliqué, la ponía en una situación muy desventajosa. Mi error fue no cortar por lo sano. Por el contrario, seguí hablando.

—Esto es una clase de narrativa, hermana. Aquí todos somos mentirosos. El objetivo de nuestra aventura no es otro que perfeccionarnos en el arte de inventar cosas, de sustituir nuestra verdad personal por la verdad. De hecho, en esta clase damos preferencia a la mentira bien contada —concluí, convencido de que así lograría disuadirla.

Ella me palmeó la mano como suele hacerse con los niños.

—No se preocupe —me aseguró, ajustándose la toca para volver a casa—. Mi vida entera ha sido una mentira.

—No lo diré usted en serio —dije yo.

En el convento —empezaba el primer trabajo de la hermana Ursula—, todos me llamaban la hija de la puta.

Buen comienzo, escribí yo al margen, como indican-do que la suya había sido una opción puramente artística. No lo era, por supuesto. Ursula sencillamente había empezado con lo que para ella fue el inicio de una tortura personal. La hermana estaba escribiendo —y no dejaría de hacerlo— una autobiografía. Hacia la mitad del semestre desistí de pedirle que inventara cosas.

Su primera entrega consistía nada menos que en veinticinco páginas que narraban al detalle los sufrimientos de una muchacha acogida en una escuela conventual belga donde a los niños se los trataba conforme al estatus socioeconómico de los padres que los habían abandonado. Tratándose de un caso de beneficencia, y en su calidad de hija de prostituta, la joven hermana Ursula (no me cabía la menor duda de que el narrador en primera persona era ella) fue relegada al estrato más

bajo del escalafón eclesiástico. Las pocas riquezas que poseía —unos lápices y una libreta que su padre le había comprado el día antes de que salieran de la ciudad, además de su bonito vestido nuevo— le fueron arrebatadas, y se le comunicó que en adelante no iba a tener ocasión de emplear tan lastimosas posesiones. Se le proporcionaría todo lo necesario (comida, un uniforme y un solo par de zapatos), aunque ella sin duda era indigna de recibir tales ofrendas. Los zapatos que le dieron eran dos tallas demasiado pequeños; pura casualidad, pensó la hermana Ursula, hasta que preguntó si los podía cambiar por los de alguna niña que los tuviera dos tallas demasiado grandes, lo cual sólo le valió una regañina por impertinente. Poco tiempo después andaba ya con pasos de tullida, cosa que fue muy imitada por los otros niños, quienes rápidamente entendieron que Ursula era un objeto perfecto para el escarnio más cruel.

La hermana Ursula no tardó en amoldarse a las burlas de sus compañeros: sólo tenía que rehuir su compañía. Con el tiempo se acostumbró al apodo de «la hija de la puta», confiando en que al final los niños se hartarían de llamarla de aquel modo si ella conseguía disimular lo mucho que eso la torturaba. Durante los recreos en el patio del convento perfeccionó el arte de volverse invisible, evitando todo tipo de juegos y enfrentamientos, pues sabía que hasta los de su equipo podían volverse en su contra. Para lo que no estuvo preparada fue para las crueldades que sufrió a manos de las propias monjas, quienes parecían disfrutar atormentándola y denegándole todas sus peticiones, empezando por la del cambio de zapatos. No sólo le habían dicho que no le estaba permitido, sino que la explicación de por qué era así no pudo ser más horrible. El roce con aquellos zapatos demasiado pequeños había hecho que le sangraran los talones y que manchara de sangre los burdos calcetines blancos, y luego los propios zapatos. Sólo una niña mala, le argumentó la hermana Veronique, ensuciaría con su sangre los zapatos que le habían regalado y pretendería después que se los cambiaran por los de una niña inocente. ¿Acaso le parecía justo —preguntó en voz alta la anciana monja— que a otra niña, una niña que tenía una madre virtuosa y, además, un padre, se le hiciera llevar los zapatos inmundos de la hija de una puta?

La inferencia que entrañaba esta segunda observación fue peor aún que la hiriente insinuación de que todo cuanto tocara la hermana Ursula quedaría instantáneamente contaminado. La niña inocente no sólo tenía una madre virtuosa —la hermana Ursula sabía lo que eso quería decir—, sino también un padre, lo cual parecía implicar que ella carecía de padre. Naturalmente, la hermana Ursula sabía que sí tenía un padre, un hombre alto y apuesto que había prometido rescatarla de allí tan pronto como pudiera encontrar un empleo. Fue su padre, en efecto, quien la llevó al convento y aseguró a la madre superiora que ella era una buena niña, en absoluto perversa. ¿Cómo, entonces, la hermana Veronique había dicho que no tenía padre? La niña trató de buscar una explicación pero se sentía confusa. La experiencia le decía que el mal, por su propia naturaleza, tenía más peso en el mundo que el bien. Entendía que el hecho de que su madre fuera prostituta la convertía a ella en «la hija de la puta», y que la vileza de su madre disminuía los valores de su padre, pero ¿negaba eso su mera existencia? ¿Cómo era posible? No se atrevió a preguntar, y el comentario de la hermana Veronique fue calando hondo en su interior, aumentando una desdicha que rayaba en la desesperación.

La primera entrega de la hermana Ursula terminaba aquí, y sus compañeros de seminario abordaron el debate sobre su escrito como si se hablara de una nave extraterrestre. Varios alumnos habían asistido a escuelas católicas donde habían tenido monjas por profesoras, y no estaban seguros, pese a que yo los animé, de que estuviera permitido criticar a ésta. El material en sí les resultaba extraño; nunca habían oído nada igual en el taller de escritura. Mirándola desde el lado positivo, la historia de la hermana Ursula tenía un personaje claro, y el personaje pasaba por una situación espeluznante, cosa a tener en cuenta en cualquier relato. Desde el negativo, en cambio, el lenguaje de la monja era imperfecto, su estilo envarado y pasado de moda, y la narración parecía avanzar sin ir a ninguna parte en concreto. Les recordaba historias que habían oído contar a gente mayor, narraciones cuyo sentido acababan por olvidar hasta los propios narradores, anécdotas que se agotaban paulatinamente con la blanda insistencia de que estas cosas ocurrían de verdad.

—Es un relato victimista —apuntó uno de los alumnos—. El personaje es juguete de fuerzas externas pero no tiene alternativas, es decir, que nada de lo que haga tendrá la menor consecuencia. Y si ella no participa de su propio destino, ¿dónde está la historia?

No habiendo asistido a los cursos de iniciación y nivel medio, la hermana Ursula se tomó estas críticas imprevistas como una revelación, y fue anotando febrilmente todo cuanto se decía.

—De todos modos, me gusta —añadió el alumno que había calificado su escrito de relato victimista—. Es diferente.

Parecía estar diciendo que la propia hermana Ursula era diferente.

La monja pasó por mi despacho al día siguiente, y estaba claro que seguía dándole vueltas a lo comentado en el taller.

—¿Ser tan... tan víctima —dijo, buscando las palabras adecuadas— no es bueno?

—Pues no. —Sonreí. «Ni en los relatos ni en la vida real», iba a añadir, pero recordé que la hermana Ursula todavía no hacía esa distinción, y diciéndole eso la habría confundido todavía más—. Quizá en la próxima entrega... —sugerí.

Ella me miró, esperanzada.

—Puede que su personaje tenga alguna alternativa propia a medida que la historia avanza... —insistí.

La hermana Ursula reflexionó durante un rato, y mirándola me di cuenta de que el pasado no era en realidad tan flexible como ella habría deseado.

Se disponía a partir cuando reparó en la foto de mi hija que había encima de mi mesa.

—Su hijita es una preciosidad, ¿no? —me dijo.

—Sí —le respondí yo, indicándole con un gesto que podía coger la foto para examinarla de cerca.

—A veces la veo cuando paso en el coche —explicó. Al ver que yo no decía nada, agregó—: Últimamente la he visto muy poco.

—Ella y su madre están fuera ahora —le expliqué, notando que la frase había salido sintácticamente extraña, como si el inglés fuera también mi segunda lengua—. Viven en otro estado.

La hermana Ursula asintió como si estuviera considerando si «estado» significaba una condición o un lugar, y luego dijo:

—¿La niña volverá a este estado? Ahora fui yo el que asintió: —Eso espero, hermana.

Así pues, me hice católica», empezaba la segunda entrega de la historia, y yo volví a escribir «buen comienzo» en el margen izquierdo antes de seguir. No era la primera vez que tenía alumnos como la hermana Ursula; eran ellos los que habían inspirado el límite estricto de veinticinco páginas en todos mis talleres. Reparé en que para su segundo trabajo había estrechado los márgenes y jugado con la fuente de manera que las letras quedaran apretujadas. Además, el espaciado no llegaba a ser doble, sino más bien de 1,7. Total, pecados veniales.

Como nadie le había enseñado religión antes de su entrada en el convento, la hermana Ursula tardó unas semanas en poder recitar oraciones con los demás niños. Una prueba más, si es que aún hacía falta, de la depravación moral inherente al hecho de tener por madre a una prostituta. Descubrió que la tarea no era fácil, aprender oraciones de corrido y estar expuesta al ridículo, pero las aprendió de todos modos, y, aunque al principio la repetición mecánica fue un tormento, acabó convirtiéndose en un placer. La mayor parte de las oraciones que trataba de memorizar insistían en la existencia de un Dios que, al menos en la persona de Jesús crucificado, era infinitamente más amoroso, comprensivo y misericordioso que las mujeres que había llevado como novias al altar.

A la hermana Ursula le parecía que ser amada, comprendida y perdonada era el no va más de la gratificación, así que se convirtió en residente de la capilla del convento, adonde se retiraba a la menor

ocasión, huyendo de las pullas y mofas de los otros niños y de las constantes reprimendas de las monjas. Le gustaba el olor de la capilla —húmedo y fresco y limpio—, sobre todo cuando estaba sola, cuando no la atestaban los cuerpos viejos y rancios de las monjas o los sudorosos de los niños. A veces podía permanecer allí escondida una hora o más, hasta que el suelo de la capilla quedaba momentáneamente iluminado al abrirse una de las puertas laterales. Entonces la larga sombra negra de una monja caía sobre la hermana Ursula, a quien, postrada de rodillas a los pies de la cruz, no le quedaba otra opción que ponerse de pie y reincorporarse a la tortura diaria, con frecuencia pellizcada de una oreja.

Además de aprender de memoria las oraciones autorizadas, la hermana Ursula se había inventado otras. Una era para que la hermana Veronique —la que había insinuado que no tenía padre—, que trabajaba en el establo del convento, fuese pateada en la cabeza por un caballo y quedara parálitica de por vida. Otra era para que la hermana Joseph, que aprovechaba su autoridad en la cocina para hacer que a los niños de beneficencia se les sirviera la peor comida y las raciones menores, diera un resbalón y fuese a caer en una marmita. Obligada a pasar casi todas las vacaciones en el convento, la hermana Ursula rezaba para que los niños que tenían permiso para ir a casa perecieran en accidentes ferroviarios. A veces, cuando no tenía ganas de alargarse, rezaba para que el convento entero fuera pasto de las llamas y el aire se llenara de ceniza negra. No veía nada malo en decir semejantes oraciones, sobre todo porque ninguna de ellas era respondida jamás, por urgente que fuera. Sentía una agradable confianza en el Cristo que colgaba sobre el altar de la capilla. Él parecía conocer todo cuanto anidaba en su corazón y entender que en sus ruegos no había nada que no fuese absolutamente necesario para su supervivencia. No podía tomarse a mal sus oraciones.

En realidad, Jesús crucificado le recordaba a su padre, el cual, le constaba, nunca quiso que la mandaran al convento y la echaba de menos cada día, igual que ella a él. Como Jesús, su padre era delgado y apuesto y triste, incapaz de encontrar trabajo, y estaba casado con

una mujer que significaba su deshonra. Y, al igual que Jesús, su padre estaba clavado en un sitio y no podía moverse. Pero si las oraciones que se había esforzado por memorizar eran ciertas, entonces aún había esperanza. ¿Acaso no se había desprendido Jesús de su corona de espinas, descendido de la cruz para ser la salvación del mundo, y ensalzado a los humildes y a los limpios de corazón? Cuando no estaba rogando que un caballo arreara una coza a la hermana Veronique, la hermana Ursula rezaba fervientemente para que su padre fuera libre algún día. Estaba convencida de que lo primero que haría iba a ser sacarla de allí, de modo que cada vez que se abría la puerta de la capilla ella volvía la cabeza hacia la intensa luz con una mezcla de esperanza y temor, y aunque siempre se encontraba con una monja silueteada en el umbral, la hermana Ursula se aferraba tenazmente a la creencia de que su padre no tardaría en aparecer.

Unas Navidades —¿era su tercer año en el convento?—, la madre superiora llamó a la hermana Ursula a su despacho y le dijo que se preparara para un viaje. Faltaba todavía una semana para que los alumnos que tenían permiso se fueran de vacaciones, y la hermana Ursula recibió instrucciones de no comentar a nadie su inminente partida. La madre superiora parecía ciertamente turbada, y eso dio ánimos a la hermana Ursula. Durante sus años de rezos secretos y vengativos había tenido muchas fantasías sobre una dramática liberación, y con frecuencia había imaginado que su padre llegaba montado a caballo, golpeaba con ira la puerta principal, cruzaba el patio a grandes zancadas y entraba en la capilla. El nerviosismo de la madre superiora podía deberse al hecho de que su padre ya estuviera en camino para hacer realidad el rescate.

A la hora convenida, la hermana Ursula esperó, como le habían dicho, junto a la puerta principal, más allá de la cual ningún hombre que no fuera un sacerdote tenía permitida la entrada, y esperó que llegara su padre. Confiaba en que vendría en un coche o en un carruaje y que se trasladarían a la estación de tren del pueblo, pero si era preciso a ella no le importaba lo más mínimo hacer el trayecto a pie, siempre y cuando fuera en compañía de su padre. Ahora disponía de

unos zapatos mejores, pese a que seguía cojeando de mala manera. Por eso, cuando vio acercarse un carruaje entre el polvo del camino, más allá de la verja, el corazón le dio un salto... hasta que se percató de que se trataba del carruaje del convento. Dentro no viajaba su padre, sino la hermana Veronique, que no se había quedado paralítica de una cox pese a los tres años de insistentes ruegos por parte de la hermana Ursula. Cuando el carruaje se detuvo, la joven comprendió que la necesidad le había hecho alimentar vanas esperanzas y que iban a echarla del convento, no a rescatarla de él. No creía que pudiera haber una vida peor que la que había llevado, así que no tuvo miedo de la que podría estar esperándola, pero había algo que sí la asustaba: la posibilidad de que, si la sacaban del colegio, su padre ya no podría saber dónde encontrarla llegado el momento. Fue un horrible temor que guardó para sí. La hermana Veronique y ella no cruzaron palabra durante el largo viaje hasta la ciudad.

Al anochecer llegaron a un hospital y fueron conducidas a la sala de beneficencia, donde supieron que la madre de la hermana Ursula había expirado aquella misma mañana, justo cuando ellas acababan de salir del convento. Una monja vestida de blanco indicó a la hermana Veronique que sería preferible que la niña no viera a la difunta, y ambas intercambiaron una mirada. Todo lo que quedaba de recuerdo era una fotografía alabeada y quebradiza, de bordes ondulados, que la monja de blanco entregó a la hermana Ursula, quien no había mostrado la menor reacción ante la noticia de que su madre hubiera fallecido. Desde su llegada al hospital se había sumido en un estado de pánico ante la idea de que pudiera ser su padre quien estuviera allí ingresado. En realidad, al menos una de sus oraciones parecía haber sido escuchada: su padre ya era libre.

Pero ¿dónde estaba? Cuando reunió el valor de preguntarlo, las dos monjas volvieron a intercambiar una mirada que dejó bien claro que la de blanco compartía la opinión de la hermana Veronique de que ella no tenía padre, y la hermana Ursula comprendió también que no tenía sentido que ella, una niña, tratara de convencer de lo contrario a la monja de blanco. La furia la mantuvo firme durante el

trayecto en tren, pero después, cuando ya en el carruaje vio aparecer el convento, la hermana Ursula no pudo evitar prorrumper en llanto. Para su sorpresa —que no consuelo—, Veronique apoyó en su hombro una mano áspera y callosa, y le habló así:

—No te preocupes, niña. Ahora serás una de nosotras.

Por toda respuesta, la hermana Ursula se apartó cuanto le fue posible de la vieja monja y sus sollozos arreciaron, sabiendo que aquello podía ser verdad.

—¿Llegaremos a conocer al padre? —preguntó uno de mis alumnos—. Quiero decir, ella se muere de ganas de verle, lo compara con Cristo, pero no le vemos nunca. De alguna manera se nos está diciendo lo que tenemos que pensar de él. Si no aparece, creo que me sentiré estafado.

La hermana Ursula se apresuró a anotar esta observación, pero bastaba con mirarla para saber que el padre no iba a aparecer nunca. El que se sintiera estafado por ello, que se apuntara al club.

Un día después del segundo taller, alguien llamó a la puerta de mi casa a las siete y media de la mañana. Me levanté a duras penas de la cama, me puse una bata y fui a abrir. Allí estaba la hermana Ursula, visiblemente agitada. Una destartalada furgoneta aguardaba con el motor en marcha y todo su cargamento de monjas curiosas y miopes, de regreso, supuse yo, de la misa matutina. El patio delantero estaba sembrado de la hojarasca de noviembre, no rastrillada todavía, y algunas hojas se habían pegado a los bajos del vaporoso hábito de la hermana.

—¿Es preciso que salga en el relato? ¿Debe volver? —quiso saber la hermana Ursula. Por algún motivo, y con la misma intensidad con la que deseaba que su padre apareciera en la vida real, necesitaba excluirlo de la versión novelada.

—Yo creo que ya está en el relato —observé, ajustándome la bata a la cintura.

—Es que no volví a verle después de que ella murió. De eso trata mi historia.

—¿Y si hiciera un flashback? —propuse—. Usted dijo que unas Navidades...

Pero ella ya no me escuchaba. Sus ojos, de un gris pizarra, se habían endurecido.

—Mi madre murió de sífilis.

Asentí, notando que algo se endurecía también dentro de mí. A mi espalda oí abrir y cerrarse la puerta del baño, y me pareció apreciar un parpadeo en la mirada de la hermana Ursula. Tal vez había visto brevemente a Jane, la mujer con la que yo tenía una aventura, y me encontré a mí mismo deseando que así fuera.

—Mi padre se quedó desconsolado.

—¿Cómo lo sabe, si ya no volvió a verle más?

—Él la quería —explicó—. Mi madre fue su ruina.

Fue el odio lo que acabó de meterme en la religión. Así empezaba la tercera entrega de la hermana Ursula, cuyo texto estaba más apretujado todavía en las consabidas veinticinco páginas, ni una más ni una menos, y yo anoté al margen el comentario de rigor. Como escritora de primeras frases, la hermana Ursula no tenía parangón entre mis alumnos.

En los meses que siguieron a la muerte de su madre, la hermana Ursula se había inventado una explicación. Su padre, con toda probabilidad, había conseguido un pasaje a Sudamérica para ir en busca de trabajo. Ella sabía que esos viajes estaban llenos de un sinfín de peligros, y podía ser que su padre yaciera en el fondo del mar. Poco a poco fue aceptando la cruel profecía de la hermana Veronique: estaba destinada a convertirse en una de aquellas monjas a las que tanto detestaba. Ironías de la vida, su sino se vio acelerado por la súbita muerte de la profetisa, que fue pateada por un caballo, no en la cabeza como la hermana Ursula había rogado, sino en el pecho, lo que provocó una grave hemorragia interna y un buen boquete en el establo. Durante su larga estancia en el convento, la hermana Ursula había

acabado prefiriendo la compañía de los animales a la de los humanos, y así, a sus dieciséis años, siendo ya una mujer hecha y derecha como su madre, se convirtió también en novia de Cristo.

La crónica de los años posteriores a la ordenación de la hermana Ursula, mayormente una descripción de sus deberes como encargada del establo, incluía varias evocaciones de la única semana que había pasado en la ciudad durante las vacaciones navideñas de su primer año en la escuela conventual. Durante las mismas había visto muy poco a su madre, lo cual había sido una suerte pues la hermana Ursula detestaba el calor de sus abrazos y la asfixiante pestilencia de su perfume de puta. Su amado padre, en cambio, se la llevaba consigo en sus rondas, y la dejaba en un banco apropiado frente a los oscuros edificios en los que entraba, no sin antes decirle lo que iba a tardar y hasta qué cifra tendría que contar ella mientras esperaba. Sólo unas pocas veces tuvo que contar más de lo que su padre había pronosticado. ¿Encontraste trabajo, papá?, le preguntaba ella a su vuelta. La hermana Ursula pensaba que en alguno de aquellos edificios tan oscuros y tan grandes, con tantas otras personas entrando y saliendo de allí, tenía que haber algún trabajo, pero no fue así. Con todo, el hecho de estar juntos era para ella suficiente alegría. Su padre la llevó al muelle a ver los barcos, a una pequeña feria donde un hombre al que él conocía la dejó montar gratis en un poni, y finalmente a una merienda campestre donde, muertos de frío, comieron pan caliente y queso. Al término de cada una de aquellas excursiones su padre volvía a prometerle que no tendría que quedarse mucho tiempo más en el convento, que las Navidades siguientes volverían a estar juntos.

La entrega concluía con la hermana Ursula tomando sus votos definitivos en la misma capilla que durante años había sido su refugio de las pullas de unos niños para los que siempre sería la hija de la puta. Allí, ante el mismísimo altar, la hermana Ursula, como la novia reticente de un matrimonio concertado, se recreó hasta el último momento en sus fantasías de rescate. Cuando se le pidió que proclamara su irrevocable dedicación a Dios y a la única Iglesia verdadera, empleó unos instantes en mirar hacia la puerta lateral de

la capilla, la misma por la que durante años había imaginado que aparecería su padre para rescatarla, y deseó que su sombra surgiera de la luz cegadora y ahuyentara por igual a aquellas mujeres inútiles y a aquellos niños odiosos.

Pero la puerta no se abrió, la capilla continuó sin más luz que el parpadeo de un centenar de cirios, y la hermana Ursula fue desposada.

—¿No es una historia muy misógina? —observó un alumno que, como yo sabía casualmente, asistía al seminario de la única feminista radical del departamento de inglés y que, como consecuencia, era muy sensible a todas las insidiosas manifestaciones de la misoginia. Al proponer aquella opinión en forma de pregunta estaba indicando quizá que la desconfianza e incluso el odio hacia las mujeres palpable en la historia de la hermana Ursula podía estar bien en este caso, ya que el autor era, más o menos, una mujer.

De cualquier manera, hacía bien en ser cauto.

—Y qué esperabas —coreó un grupo de compañeras suyas—. La acción sucede en una escuela de chicas. Sólo hay dos hombres en el relato y uno es Jesús, la muestra estadística resulta muy poco representativa. Sí, en una lectura correcta, la hermana Ursula es claramente feminista.

—Ya, pero a mí me gustaría que su madre saliera más —apuntó una joven—. Fue una cobardía por su parte eso de morir antes de que ellas pudieran llegar al hospital.

—¿Querías una escena en el lecho de muerte? —dijo otra—. ¿No quedaría muy melodramático?

En este punto, el debate se tambaleó un poco. El melodrama era algo casi tan malo como la misoginia.

—¿Por qué llevaron allí a la hija? —preguntó alguien más—. Si la madre no la quería, ¿para qué hacerla ir al hospital?

—Quizá fue el padre quien mandó llamarla...

—Entonces ¿por qué no estaba él presente?

—Bueno, yo mismo pedí más presencia del padre después del último trabajo —interrumpió otro alumno—, pero ahora creo que me equivocaba. Todo eso de su padre y las vacaciones de Navidad... Ha sido como estar oyendo algo que ya sabíamos. Y luego resulta que no está en el hospital cuando muere la madre. No lo veo claro. —Se volvió hacia mí—. ¿Y usted?

—Quizá alguien del hospital se puso en contacto con el convento —sugirió otro alumno, dejándome fuera de juego.

—¿Por una prostituta que está agonizando en la sala de beneficencia? ¿Y cómo iban a saber dónde localizar a la hija, a menos que la madre se lo dijera?

De repente todos miraron a la hermana Ursula, quien, ante el aluvión de preguntas, parecía haber entrado en trance.

—A mí me da igual —dijo otro alumno, uno de los que se sentaba a solas al fondo del aula—. La historia me gusta. Suena verídica.

• • •

La cuarta y última entrega de la historia de la hermana Ursula tenía solamente seis páginas y media con márgenes normales, fuentes normales y el doble espacio habitual.

Mi vida de monja ha estado llena de odio y amargura», empezaba. Se me ocurrió anotar en el margen «No lo diré en serio», pero me contuve. Ella siempre hablaba en serio. Estábamos a finales de noviembre, y la hermana Ursula no se había apartado un ápice de la verdad literal desde primeros de septiembre. Estas últimas y superficiales páginas resumían sus años en el convento hasta que la escuela quedó parcialmente destruida por un incendio. Fue a raíz de ello que la hermana Ursula se trasladó a América. Pese a ser todavía una mujer joven no había hecho planes de abandonar la orden que siempre había desdeñado. Se había convertido, como pronosticó la hermana Veronique, en una de ellas.

En cierta ocasión, cerca ya de los cincuenta años, había regresado a Bélgica en busca de su padre, pero contaba con poco dinero y no encontró rastro de él. Era, tal como la hermana Veronique había sostenido siempre, como si el tal padre no hubiera existido jamás. Cuando se le agotaron los fondos, la hermana Ursula renunció a su búsqueda y regresó a América para vivir lo que le restara de vida entre los otros huérfanos de su orden. Éste era su primer curso universitario, explicó, y quería que los otros alumnos supiesen que le había encantado conocerlos y leer sus relatos, y les agradecía enormemente haberla ayudado con el suyo. Todo esto aparecía en el párrafo final del escrito; un gesto inconscientemente posmoderno.

—Esta última parte es realmente floja —admitió uno de los alumnos, sin duda dolido por tener que decirlo después de que la autora hubiera dado gracias a todos por su ayuda—. Pero es uno de los mejores relatos que hemos leído en todo el semestre.

—A mí también me ha gustado —dijo otro, con la voz un poco entrecortada.

Todo el mundo parecía consciente de que había más cosas que decir, pero nadie sabía qué. La hermana Ursula dejó de tomar notas y el silencio se fue adueñando del aula. Yo venía observando a una joven que no había dicho prácticamente nada en todo el seminario, pero que escribía largos y detallados informes sobre todos los trabajos. Ahora había captado mi atención porque tenía los ojos brillantes de lágrimas. Le envié una urgente súplica telepática. No. Por favor.

—Pero la chica de la historia nunca lo entendió —dijo con aire de protesta.

Los otros alumnos, incluida la hermana Ursula, se volvieron para mirarla.

—No entendió ¿el qué?

—Lo de su padre —dijo ella—. Era el chulo de su madre, ¿verdad? ¿Acaso hay otra explicación?

—Ya lo ve —dijo tristemente la hermana Ursula—. Después de todo, escribí eso que usted llama una historia de ficción.

Estábamos a mediados de diciembre y yo tenía las calificaciones a punto, pero me preguntaba qué hacer respecto a las de la hermana Ursula. No había presentado una carpeta con el trabajo revisado para su evaluación y tampoco había vuelto a clase después de la última lectura, y yo, por más que lo intenté, no podía borrar de mi memoria la imagen de la monja que me había estado acosando durante semanas: su rostro descomponiéndose ante el reconocimiento de la mentira intencionada que había estado contándose a sí misma a lo largo de los años.

Decidí, pues, ir a visitarla a la vieja mansión donde ella y otras cinco monjas mayores se alojaban desde hacía casi una década a la espera de la disolución de su orden. Había llevado como regalo un adorno para el árbol navideño pero descubrí que no tenían árbol; sólo uno de esos de plástico de veinticinco centímetros que se ponían en el salón sobre la repisa de la chimenea. ¿Qué esperaba? En una casa habitada por mujeres viejas y achacosas, ¿quién pensaba yo que iba a instalar un árbol y decorarlo?

La hermana Ursula pareció sorprendida al verme allí de pie en el ruinoso porche, pero me condujo a un pequeño aposento junto al vestíbulo.

—Hemos de procurar no hacer ruido —dijo en voz queda—. La hermana Patrice está enferma. Yo soy su enfermera, ¿sabe? Soy la enfermera de todas.

Nos sentamos uno delante del otro, separados por una pequeña mesa plegable. Mi expresión debió de ser de incomodidad porque la hermana me dijo:

—Siempre le pongo nervioso, y no entiendo por qué. El mal que pudo haber en mí ha ido deteriorándose, como mi cuerpo.

—Es que de niño me mordió una monja —expliqué.

La hermana, que había dicho tantas y tan horribles cosas sobre las monjas, puso cara de perplejidad. Pero luego sonrió.

—Ah, veo que ha hecho un chiste —dijo—. Pensaba que podía ser usted un... ¿qué palabra empleó aquel muchacho en clase para describir a los que son como yo?

Tuve que pensar un buen rato.

—Ah, sí —recordé—. ¿Un misógino?

—Eso mismo. ¿Me dirá la verdad si le pregunto si le gustan las mujeres?

—Sí. Me gustan. Y mucho.

—Y a mí los hombres, así que estamos a la par. A ambos nos gusta el sexo opuesto. Eso me hizo sonreír. Y, tal vez porque ella me había hecho una confidencia de esa magnitud, sentí la apremiante necesidad de pagarle con la misma moneda. Confiarle algo terrible, quizá; algo que yo creía cierto. Que mi esposa me había abandonado porque había descubierto mi historia con una mujer a la que yo no quería pero con la que me había liado —comprendí en ese momento— porque me sentí engañado cuando el libro que publiqué en primavera se había vendido mal. Engañado porque mi editor, con un irresponsable optimismo, me había asegurado que aquel libro me haría rico y famoso, y porque yo había estado irresponsablemente dispuesto a creerle. De modo que, a falta de fortuna y celebridad, empecé a buscar un consuelo a mano y lo encontré en ella. No soy un buen hombre, pude haberle dicho a la hermana Ursula. No sólo he fallado a mis seres queridos sino que los he traicionado. Si decía estas cosas a la hermana Ursula, ella quizá encontraría algún fallo en mi relato, alguna incongruencia. Tal vez determinaría que estaba juzgándome con excesiva severidad y se animaría a decirme: No lo dirá usted en serio.

Pero me guardé mis verdades, porque ella estaba en lo cierto. La hermana Ursula me ponía nervioso.

Tras un silencio incómodo, dijo:

—Quisiera enseñarle algo, si a usted no le importa.

Se puso de pie con esfuerzo, salió del cuarto y regresó casi de inmediato. La vieja fotografía era tal como ella la había descrito: de color

sepia y con los bordes escarolados; la figura femenina tan descolorida que era prácticamente blanca. Pero hermosa. Podría haber sido una foto de la hermana Ursula de joven, pero no lo era. Como nada había que decir, nada dije, limitándome a dejarla sobre la mesita plegable.

—¿Usted...? ¿Usted tuvo unos padres que le quisieron?

—Sí —asentí.

—Es usted una buena persona. Su visita es para asegurarse de que no me pasa nada, ya veo. Pero hay algo que me pregunto desde hace tiempo. ¿Usted también conocía el significado de mi relato?

Asentí otra vez.

—¿Desde el principio?

—No, desde el principio, no.

—Pero la señorita estaba en lo cierto, ¿verdad? Con respecto a lo que yo había escrito, no podía haber otra... interpretación.

—A mi modo de ver, no.

—Y yo no supe verlo.

Oímos un ruido, un breve golpe sordo justo encima de nosotros.

—La hermana Patrice —me informó la hermana Ursula, y nos levantamos—. Me necesitan. A veces, hasta una monja odiosa puede ser necesaria.

Ya en la puerta principal, decidí preguntarle:

—Una cosa. El incendio... el que destruyó el convento...

La hermana Ursula sonrió y me tomó la mano.

—No —me aseguró—. Lo único que yo hice fue rezar.

Su mirada, sin embargo, pareció viajar hacia atrás a través del tiempo.

—Ah, pero las llamas... —dijo al cabo, sus ojos añosos insuflados de un ardor juvenil—. Llegaban casi hasta el cielo.

## About the Author

Richard Russo has written seven novels, including *Empire Falls*, for which he won the Pulitzer Prize. Much of Russo's fiction takes place in the Northeast—from upstate New York to coastal Maine—and his most recent novel, *That Old Cape Magic*, is set largely on Cape Cod. In addition to his fiction, Russo has written screenplays and adapted his own novels into films. He and his wife Barbara spend their summers in Maine and winters in Boston, where Russo is a beloved member of the literary community.

## Acknowledgements

“The Whore’s Child” first appeared in *Harper’s*, and was later published by Knopf as the title story of Russo’s only story collection.

Thanks to Knopf for permission to reprint “The Whore’s Child” (Copyright © 2002 by Richard Russo. Used by permission of Alfred A. Knopf, a division of Random House, Inc.).

Our format was inspired by *One Story* ([www.one-story.com](http://www.one-story.com)), a nonprofit literary magazine that publishes one short story every three weeks.

## The Boston Book Festival

2 Canal Park  
Cambridge, MA 02141  
617.252.3240

[www.bostonbookfest.org](http://www.bostonbookfest.org)

**Founder and Executive Director:** Deborah Z Porter

**Communications Director:** Norah Piehl

**One City One Story Project Manager:** Katie Lynn Murphy

**1C1S Committee:** Callie Crossley, Ladette Randolph,  
Christina Thompson, Henriette Lazaridis Power.

**Readers:** Akshay Ahuja, Alicia Anstead, Elisa Birdseye, Kate Brown, Alice Hennessey, Mark Krone, Vivien Morris, Sheila Scott, Betty Southwick, and the staff of WriteBoston.

For more information about discussion groups, meet-ups, translations, and our 1C1S writing contest, go to [www.bostonbookfest.org/1C1S](http://www.bostonbookfest.org/1C1S)

[WWW.BOSTONBOOKFEST.ORG](http://WWW.BOSTONBOOKFEST.ORG)



OCTOBER 15, 2011  
COPLEY SQUARE